

María Fernanda Quirós Moya

El amor romántico, otra forma de opresión zarista y patriarcal

Resumen: *En este artículo se pretende analizar el papel de las mujeres obreras en la Revolución rusa, como parte fundamental de los sujetos revolucionarios ante la lucha contra el zarismo. Para ello, se hará un balance sobre la situación de las mujeres en la Rusia zarista, lo que implica una doble explotación y opresión en mayor grado que los hombres de clase obrera: por un lado, la explotación en las fábricas; por otro, la opresión dentro del ámbito privado, cuya justificación se puede encontrar dentro de la idea del amor romántico. Una vez planteada la situación de las mujeres, se recalca la importancia de las demandas feministas dentro de la Revolución rusa, demandas cuya necesidad hoy en día, requieren de una lucha que debe ser permanente.*

Palabras clave: *Revolución rusa. Mujeres. Clase obrera. Opresión patriarcal. Amor romántico.*

Abstract: *In the present article, it is intended to analyze the role of the working class women during the Russian Revolution as a fundamental part of the revolutionary subjects in the fight against tsarism. In order to understand the situation of those Russian women, a balance is required, which implies the analysis of the double exploitation and oppression that they suffered in comparison to men: on one hand the exploitation in the factory and on the other hand oppression within the private sphere, whose justification lies within the idea of romantic love. Once the*

women's situation is explained, it is necessary to emphasize the importance of feminist demands during the Russian Revolution; demands which nowadays need of a permanent fight.

Keywords: *Russian Revolution. Women. Working class. Patriarchal oppression. Romantic love.*

Para tener un análisis de la totalidad concreta, hay que cristalizar todos los aspectos de las relaciones sociales: lo económico, lo político, lo social. Pero también, hay que tomar en cuenta la subjetividad, en tanto que ésta implica una interacción con el modo de producción del momento (en este caso, el capitalismo). Es decir, lo subjetivo implica el cómo se analiza la sociedad, a través de quién y para quién se analiza.

Por ello, cabe estar en una constante indagación acerca de quién es el sujeto revolucionario, el sujeto central de la política, como sujeto transformador del mundo. Sin embargo, este sujeto revolucionario no es homogéneo (el obrero de hoy, no es igual al obrero de la Rusia zarista), sino que, dentro de este grupo, se encuentran las mujeres obreras. Y éstas, en cuanto son sujetos políticos, tienen un papel fundamental dentro de la revolución socialista, que no puede ser reemplazado, puesto que ellas son las únicas que pueden acabar con la opresión de género.

Tal es el caso de la gran función de las mujeres obreras en la Revolución rusa, especialmente, en la revolución de 1917. Por ello, a 100 años de

su aniversario, cabe, urgentemente, indagar en la situación de las mujeres dentro de la Rusia zarista, sus demandas, específicamente, aquellas demandas que son histórico socialmente pertenecientes a su género, tales como el amor libre, el derecho al aborto y su participación política, tomando en consideración que a las mujeres se les negaban cuestiones como el derecho al voto.

Pero, a la vez, a raíz de la experiencia y los logros feministas y obreros que surgieron por la Revolución rusa (como el derecho al aborto), este artículo pretende servir como análisis frente a las exigencias feministas actuales planteadas dentro de las organizaciones políticas, centralmente, del marxismo. Su importancia dentro de la coyuntura actual, es en la medida en que parece haber una crisis de dirección, que incluya el feminismo, para promover derechos como el aborto libre, gratuito y seguro hacia las mujeres trabajadoras.

Balance sobre la situación de las mujeres ante la Rusia zarista

Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de la sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja (Trotsky, 2008, p. 5).

¿Qué sentido tiene hablar del amor frente a otras cuestiones que parecen tener más importancia, como la crisis alimentaria en la que vivía la clase obrera? ¿Por qué es necesario plantearse, específicamente, el problema de las mujeres dentro de una revolución socialista? Frente a una Rusia atrasada, en el ámbito económico, cultural, tecnológico, incluso políticamente, las mujeres sufrían también del atraso ideológico y patriarcal, en cuanto estaban subordinadas por su género, lo que las obligaba a sufrir doblemente la sobreexplotación y opresión zarista: eran explotadas en las fábricas, pero también lo eran a nivel de su vida privada, en sus casas. Eran mujeres, pero también pertenecían a una clase explotada, la clase obrera.

Primeramente, las mujeres constituían el sector más oprimido, como clase y como mujeres.

Una gran cantidad de ellas eran trabajadoras, lo que significaba que eran mano de obra barata para la burguesía. Las mujeres eran una nueva mercancía que explotar, con lo que se podría producir más, abaratando los costos de producción, por lo que sufrían las malas condiciones materiales del trabajo, explotación económica, pasividad política, crisis alimentaria y la opresión zarista.

La Revolución rusa surgió de una vida completamente conservadora. Las condiciones materiales de existencia dentro del zarismo, eran miserables. Tanto así, que las mujeres se vieron en la necesidad de incorporarse en las fábricas para acceder a un poco más de dinero con el cual poder sobrevivir. El grado de explotación al que fueron expuestas las mujeres obreras, las convirtió en el sector más oprimido, incluso más que los hombres obreros, lo que las llevó a la necesidad de rebelarse ante las condiciones zaristas.

Este es el caso de las mujeres obreras textiles, quienes, de manera espontánea, comenzaron el 23 de febrero de 1917 (8 de marzo, Día Internacional de la Mujer) una huelga que pretendía ser una manifestación de mujeres (cfr. Trotsky, 2008, p. 98). Sin embargo, las condiciones de miseria de la época, llevaron a que esta huelga continuara, con el apoyo de soldados y obreros, así como de los bolcheviques, lo que se convirtió en el inicio de la Revolución y la caída definitiva del zarismo.

Muchas de ellas, además de sufrir en carne propia la explotación, eran esposas no sólo de obreros, sino también de soldados, gracias a lo cual, lograron poner a disposición de la clase obrera el servicio militar (cfr. Trotsky, 2008, p. 98). El hecho que de fueran las mujeres las primeras en rebelarse, mismas mujeres cuyos esposos morían producto del hambre y la guerra, al igual que sus hijos e hijas, favoreció el triunfo de la revolución de 1917 (a diferencia de lo ocurrido en 1905), puesto que hubo menos represión por parte de los soldados, con lo que se facilitaban las posibilidades de revolución.

Con los hechos ocurridos y expuestos anteriormente, se evidencia la dialéctica, método del marxismo. Hay interacciones, movimientos contradictorios, que permiten ubicar las relaciones sociales y todos sus productos, dentro de un entramado histórico social, por lo que ningún hecho se encuentra aislado. Por ello, ante un

conservadurismo zarista, que cada vez explota y oprime más, es que surge una revolución.

Además, la dialéctica permite explicar el hecho de que, con la incorporación de las mujeres, niños y niñas a las fábricas, el trabajo explotado y la miseria en los hogares, no disminuyeron. Más bien, la incorporación de estos grupos, permitió que se produjera más sobre la base del aumento del trabajo asalariado agotador y la miseria creciente de las y los trabajadores (cfr. Engels, 1979, p. 10).

Por otro lado, si bien las mujeres sufrían la opresión de clase, también está el hecho de que sus cuerpos son leídos como mujeres. Esto último conlleva a otro tipo de opresión, del que el capitalismo se aprovecha y lo fomenta al mercantilizarlo, y es la opresión patriarcal, la opresión por género de sus cuerpos, su trabajo, su reproducción y de su sexualidad.

Por tanto, al afirmar que las mujeres obreras eran más oprimidas que los hombres obreros, es porque el hecho de que sean leídas como cuerpos femeninos, hace que sean ellas a las que se les pague menos, a las que su *naturaleza irracional y pasional* (de lo que ya venían afirmando anteriormente filósofos y científicos) *permita domar más a las mujeres* que a los hombres. Y en una crisis alimentaria, la jerarquía también se impone en la mesa, por lo que son las mujeres las que comen menos.

Ahora bien, si se parte de los debates de la época zarista, entre las posiciones de los marxistas y los esclavófilos populistas acerca del futuro de Rusia, también supone un debate en torno al futuro de la emancipación de las mujeres. Pues, el hecho de que el rumbo de Rusia supusiera pasar por el capitalismo, generaba el problema de la propiedad privada aplicada a los cuerpos de las mujeres y el hecho de que cada nuevo modo de producción, trae consigo nuevas formas de relaciones sociales, lo que implica a su vez nuevas formas de opresión y desigualdad, especialmente hacia las mujeres obreras. Mientras que, si se asentaba la idea de que Rusia era única y forjaba su propio camino, es decir, que no debía pasar por el capitalismo, ¿acaso los hogares de la tan original Rusia estaban exentos de patriarcado?

Por tanto, “los procesos que se desarrollan en la conciencia de las masas no son nunca

autóctonos ni independientes” (Trotsky, 2008, p. 6), por lo que las relaciones sociales y la forma de pensar-actuar, están marcadas por un fuerte patriarcado, división sexual del trabajo y desigualdad de género, lo cual se ve reflejado en instituciones como la familia tradicional, burguesa y patriarcal. Por ello, las condiciones productivas, ideológicas y patriarcales de las mujeres, debían cambiar, lo que correspondía a las mujeres ser agentes activos de su propia emancipación.

Las demandas de las mujeres, en un principio de ‘¡Pan!’, no pueden ser vistas simplemente como una demanda de su vida privada, sino que están relacionadas a lo que la Rusia de ese entonces padecía: sobre-explotación de la fuerza de trabajo con un mal salario, crisis alimentaria, que dificultaba a las madres dar alimento a sus hijos e hijas, puesto que ello recaía (y recae aún) como una obligación de las mujeres. Todos estos problemas, pese a que afectan en mayor grado a las mujeres, pertenecían a toda una clase (el proletariado) que vivían inmerso en el hambre y la guerra. Por esto, no se puede afirmar que los problemas de género, sean aislados de la vida pública y, por ende, que deban quedarse en los hogares sin trascender a lo público y lo político.

Esto posiciona también a las mujeres como sujetos políticos, capaces de luchar por cambiar el viejo orden con estructuras patriarcales, y posicionar demandas feministas dentro del bolchevismo. Una de esas demandas fue el derecho al amor libre, en tanto esto les proporciona el que ya no sean cuerpos encasillados como pasionales, irracionales, amas de casa exclusivas al cuidado de la familia, sino que esto les otorgaba la posibilidad de acceder a la vida pública y política, así como de acceder al derecho al divorcio y al aborto, por ejemplo.

Sin bien las mujeres no tenían las mismas oportunidades que los hombres de realizar acción política (puesto que no tenían siquiera acceso al voto), con la Revolución rusa se logra romper el problema de la quietud política dentro de las mujeres obreras. Rompe con el hecho de creer que la vida privada excluye de poder participar y llevar los problemas de género a un ámbito político y social, y no sólo desde un punto de vista del feminismo burgués.

Rompe también con el mito de que lo personal no sea político, pero también con el hecho de negar que se vive dentro de una lucha de clases. Las condiciones materiales hacen una separación innegable entre mujeres obreras y burguesas, en la medida en que sus intereses son diferentes. Es decir, las primeras sufren explotación, mientras que las segundas, desean obtener los privilegios que los hombres burgueses, con lo que desean preservar el orden de dominación, que no es más que un orden de opresión hacia la clase obrera.

Esto se logró con la instauración de las mujeres en la industria y la fábrica, lo que no equivale a decir que la instauración de las mujeres en el trabajo asalariado, sea su liberación. Sino que responde a la dialéctica, pues el hecho de estar expuestas a una doble jornada laboral de miseria (esclavitud doméstica y esclavitud en la fábrica), les permitió dar cuenta de la explotación y opresión de clase. Además, el hecho de tener que desenvolverse en la vida pública (en la fábrica), les permitió tener acceso a propaganda socialista y llevar a cabo sus demandas específicas, pero también la conquista del poder político proletario.

El bolchevismo tomó en cuenta las demandas feministas, y la Revolución rusa, en un principio, llegó a implementar en la práctica, las demandas de las mujeres obreras, como el derecho al aborto. Las mujeres estaban dentro del programa de la socialdemocracia internacional, gracias a precursoras como Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo. Con la inclusión de demandas de las mujeres, el bolchevismo ponía en evidencia la ineficacia del modo de producción de la época, la existencia de la explotación, opresión y patriarcado, y además, la lucha de clases. Pues “la falta de derechos políticos para la mujer es un residuo del pasado muerto pero también el resultado del dominio” (Luxemburgo, 1912).

Por ello es que, a la par de demandas tales como tierra para quien la trabaje, o fábricas para los y las obreras, era de igual importancia la demanda de amor libre para las mujeres. Puesto que, al igual que un obrero era esclavo de la fábrica y le pertenecía al patrón, una mujer era esclava del matrimonio y le pertenecía al esposo. Y, al igual que un obrero sufre alienación de su fuerza de trabajo, la mujer obrera no sólo sufre de

esta alienación, sino que también, está sujeta a la alienación de su propio cuerpo y su sexualidad.

Derecho al amor libre, una demanda política más para la Revolución

Antes de llegar a tener participación política y de tener una función dentro de la vida pública, hay una cuestión fundamental que las mujeres deben resolver. Esta cuestión es la vida privada y pasiva como negación política. Es decir, la negación del trabajo social útil que realiza una mujer, empezando por la negación de la categoría trabajo a lo interno del hogar, junto con la apropiación de su fuerza de trabajo dentro de las relaciones sociales. Además, está la apropiación de su valor reproductivo por parte del Estado, respaldado en el amor romántico, lo que viene a afirmar la desigualdad entre los sexos. También, es una imposición de roles sociales, estableciendo una competencia entre mujeres, al ser su cuerpo interpretado como mercancía, con la idea instaurada del derecho de la propiedad privada sobre las mujeres.

A través de instituciones como la familia monogámica y patriarcal, así como el derecho a la herencia por la línea paterna (cfr. Engels, 1976), se obtiene la sumisión de las mujeres, controlando aspectos políticos, económicos y sociales de su vida. Por lo cual, la emancipación de las mujeres comienza con la emancipación de su vida privada, siendo “una eterna lucha defensiva contra la intromisión del hombre en nuestro yo, una lucha que se resolvía en la disyuntiva: trabajo o matrimonio y amor” (Kollontai, 1978, p. 74).

Entonces, ¿cómo pueden las mujeres emanciparse completamente, si están sujetas a normas de conducta explícitas, tales como el matrimonio, el amor romántico, la maternidad, el ser amas de casa, el control sobre su sexualidad y el hecho de ser leídas como mercancías? Desde el mundo antiguo:

[...] la ‘amistad’ (o la apariencia de un sentimiento de amistad) era la que obligaba al marido enamorado de su mujer a ceder al amigo preferido su puesto en el lecho conyugal. Otras veces no era siquiera el amigo,

sino el huésped, a quien había que demostrar la verdad de un sentimiento de 'amistad', el que suplía al marido al lado de la mujer. (Kollontai, 1978, p. 130)

Por tanto, en el mundo antiguo de lo que se habla es del sentimiento de amistad entre hombres, pero no se habla de las mujeres ni del amor. Es decir, en cuanto la amistad entre hombres implica la vida pública, hay espacio para hablar de ello. Pero las mujeres y el amor son cuestiones relegadas a la vida privada, por lo que no se habla de la sexualidad o disfrute de ésta. El amor es invisibilizado de las relaciones sociales cotidianas y es despojado de carácter alguno. Las mujeres son asexuadas en tanto disfrute de su cuerpo y sólo en la medida en que su sexualidad funcione no para sí, sino para disfrute de otro o para la reproducción (cuestión político-económica).

Ya en el capitalismo, una vez instaurado el individualismo, el amor, en tanto funciona como ideología, es inútil, nocivo para las tareas burguesas (cfr. Kollontai, 1978, p. 131). Entonces, en este modo de producción capitalista, el amor tiene un papel mucho menos importante como tal, en cuanto que lo imperante es la competencia, lo *racional*, lo mercantilizable, incluso lo masculino. Esto implica anular lo subjetivo, los sentimientos, la vida privada, que, en un principio, son temas relegados y estereotipados para las mujeres. Además de ser cuestiones que no generan mayor ganancia, si se comparan con la virtud egoísta de la competencia masculina dentro del capitalismo, y borrando las realidades de la prostitución.

Partiendo de la afirmación de la lucha de clases entre burguesía y proletariado, “[...] ¿qué lugar corresponde al amor en la ideología de la clase obrera?” (Kollontai, 1978, p. 121). Más aún, ¿cómo funciona el amor como factor de opresión hacia las mujeres de clase obrera? La institucionalización de hábitos, de normas de conducta como las relaciones sexuales, el comportamiento *femenino delicado* y el amor romántico, son construcciones que toman en cuenta factores sociales, económicos y políticos de la época, y que responden a intereses de la clase dominante.

Por lo que el amor no es algo metafísico, sino que es parte de las relaciones sociales. Por tanto,

el amor romántico no es estático ni natural, sino que es parte de la transformación de lo real que se desprende de una revolución. Entonces el amor expresa también la lucha de clases y juega un papel en el mercado; por ejemplo, al cosificar y poner en competencia a las mujeres como mercancía que produce más valor del que tiene en un primer instante.

A la vez que estos comportamientos son maquillados como normas morales, al fin y al cabo, sólo el sector más vulnerable debe apearse a ellas: las mujeres, especialmente, las mujeres de clase obrera. Esto no quiere decir que las mujeres de clase burguesa estén exentas de opresión, pero sí que su opresión, sus intereses y su meta de emancipación, sean diferentes a los de las mujeres de clase obrera. Por lo cual, el amor, en cuanto forma parte también de las relaciones sociales y, en tanto una revolución debe contemplar y cambiar todo aspecto social, debe ser suprimido en cuanto manifiesta el amor romántico opresor y patriarcal.

Por tanto, “[...] el amor se convirtió en una cadena” (Kollontai, 1978, p. 75) para las mujeres, en la medida en que se convirtió en una regla moral de la decencia y sumisión de un sexo sobre otro y, más allá, también de una clase sobre otra. Mientras que un sector de la sociedad consume sin producir, hay explotación de fuerzas de trabajo. Dicha explotación es de mano de obra barata en las fábricas, pero también lo es por la explotación de la fuerza del trabajo en el hogar.

Es decir, aunque invisible, hay alguien que debe preparar el desayuno, lavar ropa, etc., cuya labor no está siendo reconocida como tal, sino que se piensa como un producto del amor, normalizando la esclavitud doméstica. Tanto social como éticamente, se privilegia a la mujer madre por encima de aquella que no lo es, siendo la maternidad una imposición social protegida y sustentada por el Estado.

Por ello, para Federici, lo que llaman amor, en realidad es trabajo no-pagado (cfr. 2015), respondiendo a una esclavitud mercantil y patriarcal. El amor ‘bueno’, deseable y aceptable, es el amor que obliga a las mujeres a negarse como personas, al mismo tiempo que sustituyen sus intereses tanto por los de otro, como el hecho de dedicarse al hogar, lo que implica quitar toda

responsabilidad del cuidado a los hombres. Pero también el hecho de que su vida responde a los intereses de otra clase, la burguesía. Esto responde a la instauración del matrimonio monogámico y sumiso (cuestiones que sólo son impuestas a las mujeres) como único símbolo del amor burgués. Asimismo, el amor implica propiedad, fuerza, 'lo masculino' para los hombres, implantando comportamientos de género.

El hecho de que la fuerza de trabajo de la mujer fuese gratuita, y su sexualidad estuviera ligada meramente a la reproducción, permitía la "[...] acumulación de capital. La familia se convertía en la guardadora de las riquezas acumuladas" (Kollontai, 1978, p. 136). Para ello ocupaban la sumisión de la mujer ante un único hombre: su esposo, y así resguardar la propiedad privada. Sin embargo, aunque esta moral es de carácter burgués, está el problema de que no toda la sociedad es de clase burguesa.

De esto se deriva el problema del hombre obrero que, al enfrentarse a no tener capital que acumular, y al estar inmerso no sólo en relaciones sociales que responden al capitalismo, sino también al patriarcado, por lo que también está en juego su masculinidad, se ve en la necesidad (aún más que un hombre de clase alta), de someter a la mujer, su esposa, como propiedad privada. Con esto entra otro problema: el hecho de perder la identidad-conciencia de clase, al ser sustituida por un pensamiento-acción burguesa.

Es decir, el hombre obrero, no ve en la mujer obrera una compañera de lucha, en tanto que ambos están siendo oprimidos por la burguesía, sino que reproduce la opresión de clase y agrava la opresión de la mujer al poseerla, ya sea a través de apropiarse de su fuerza de trabajo (labores domésticas), su riqueza reproductiva (para efectos de herencia) y su cuerpo (sexualidad). Puesto que la conciencia emerge de las relaciones sociales, y ante una actividad a nivel obrero que reproduce las mismas opresiones impuestas de la burguesía, mediante el matrimonio burgués, es que los obreros poseen una conciencia burguesa de la moral, entrando en contradicción consigo mismos.

"El amor es un precioso factor social y psíquico que la Humanidad maneja instintivamente

según los intereses de la colectividad" (Kollontai, 1978, p. 140). Sólo mediante un conocimiento histórico y obrero de la realidad, se podría articular una praxis del mundo que corrija las ideas-acciones burguesas dentro del proletariado y reconozca a las mujeres como sujetos revolucionarios también, sujetos independientes de otro, que no son propiedad privada de alguien, pero tampoco propiedad común como si fueran un bien material más.

Incluso, este tipo de amor patriarcal y exclusivo, entra en contradicción con las necesidades de la clase obrera, en donde es necesaria la solidaridad entre hombres y mujeres para su liberación como clase. Además, siendo que los sujetos son complejos y diversos, las relaciones de amor no deberían limitarse a normas homogéneas tales como las impuestas por la moral burguesa, sino que el amor debería contemplar diversas formas de relaciones.

Además, siendo que las relaciones de amor cambian en cuanto lo hacen las relaciones de producción, la institución del matrimonio como opresión, debería desaparecer. Pero sólo en la medida en que las mujeres actúen sobre el mundo, para transformar las relaciones sociales. Esto no quiere decir necesariamente que la monogamia deba desaparecer, pero sí que sea un acuerdo real entre las personas, a la misma vez que se permitan diversos tipos de relacionarse, siendo las formas de opresión anuladas. En donde se llegue a:

Substituir al 'exclusivo' y 'absorbente' amor conyugal de la moral burguesa (por el) reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad de otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones. (Kollontai, 1978, p. 145)

El amor libre (en un sentido marxista) no es posible dentro de condiciones capitalistas, puesto que el capitalismo trabaja sobre sujetos abstractos, universales, y la propiedad privada, fomentando la discriminación, dentro de la cual está la discriminación y desigualdad de género, negándole a las mujeres el control de sus propios cuerpos, una educación sexual laica y feminista,

al igual que el derecho al aborto. Por ello, en cuanto las relaciones sociales están mediadas por la mercantilización, el amor, tal y como se piensa-actúa dentro del capitalismo, es una actividad enajenada, una actividad mercantil más.

Por lo tanto, el bolchevismo incentivó una verdadera emancipación para las mujeres, lo cual se reflejó con la Revolución rusa, al promover el acceso de las mujeres en todos los ámbitos. No sólo se lograron tareas democráticas como el derecho al voto, sino también les permitió liberarse de su rol impuesto dentro de la familia y sus funciones privadas hechas por *amor*, al convertir tales funciones en tareas colectivas como “un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cuna, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensarios, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc.” (Trotsky, 2001, p. 115).

Esta nueva forma anulaba la opresión del amor romántico y la propiedad privada dentro de la familia monogámica, a la vez que lo sustituía por la solidaridad y la socialización de una comuna, lo que permitía la liberación de las mujeres de la esclavitud doméstica, en la medida en que “buscaban transferir el trabajo doméstico a la esfera pública” (Goldman, 1993, p. 31).

100 años después: mujeres dentro de perspectiva de la política marxista actual

¿Qué tan libres somos actualmente? ¿Podemos hablar de realización personal, libertad para elegir, como por ejemplo, libertad en el amor, incluso de libertad en cuanto tenemos acceso a múltiples opciones, como en el caso del derecho a decidir sobre nuestros propios cuerpos, sobre el aborto? No una libertad mercantilizada y liberal, que esconde la historia, las realidades de clase y, dentro de ésta, las realidades de género, sino una libertad que permita entender(me) como mujer, pero también como mujer obrera capaz de transformar las relaciones sociales.

La revolución comenzada el 8 de marzo de 1917 por las mujeres, y respaldada por los obreros, muestra, en primer instante, que no hay que

tener ninguna confianza en los gobiernos provisionales, ni en los Estados, Iglesias y políticas y leyes burguesas. Sino que sólo mediante una organización política y una dirección feminista, que se forme desde abajo, y que tome en cuenta la coyuntura internacional actual, teniendo en consideración las demandas de las y los obreros en cuanto son clase trabajadora, y las demandas de las mujeres trabajadoras en cuanto oprimidas por el Estado, la Iglesia y el capitalismo patriarcal, se lograrán hechos efectivos.

Pues “la liberación de la mujer sólo podía ocurrir como resultado del triunfo de un orden social nuevo y un sistema económico distinto” (Kollontai, 1978, p. 80). Por tanto, aun cuando dentro del capitalismo se obtengan algunos logros para la mujer, en cuanto no cambien las relaciones de producción capitalistas, las mujeres seguirán siendo oprimidas. Es por esto que los cuerpos leídos como femeninos, siguen siendo explotados, más abruptamente, dentro del capitalismo, además de ser mercantilizados.

Hay muchos ejemplos de la ineficacia del capitalismo para la emancipación de las mujeres. Dentro de ellos, está la ilegalidad del aborto hoy en día, lo que permite tener futura mano de obra barata. Además, la prostitución, la trata de personas, el hecho de que las mujeres estén en una constante competencia y en tener que estar demostrando con frecuencia, que también son racionales, y el hecho de que hoy en día, algunas figuras importantes crean que la violencia patriarcal es natural.

La creencia de la posesión y propiedad privada de las mujeres, lleva a que aún en la actualidad, se deban enfrentar graves y múltiples casos de agresión doméstica, femicidios, tabús en cuanto a la sexualidad, violaciones, el problema de la prostitución, que se maquilla como un trabajo deseado por mujeres ‘liberales’ y la negación de todo lo concerniente a tomar decisiones sobre nuestros cuerpos. Tal es el caso de la prostitución y la negación del aborto, especialmente para mujeres de clase obrera, con el fin de no perder mano de obra barata, con lo cual, todo aspecto de la vida de las mujeres, queda como propiedad privada, sea del esposo, la Iglesia o la burguesía.

Actualmente, mujeres obreras y burguesas tienen derecho a ejercer su voto, con lo que, para Zetkin, “la democracia burguesa ha llegado a su último grado de desarrollo, (y es) la forma más completa de dominio de clase por parte de los poseedores y explotadores” (1920). En su momento, el derecho al voto femenino fue una tarea democrática por la cual, era imperante luchar. Fue una conquista que se pudo ganar pese al capitalismo.

Sin embargo, se puede vislumbrar, que, a pesar de ser un logro, no es suficiente para la verdadera emancipación. A todo ello, cabe sumarle que, en muchos países, no hay derecho al aborto, e incluso es penalizado. Además, la familia como institución burguesa sigue estando instaurada, de la misma forma que la prostitución y la esclavitud doméstica. A pesar de los avances en materia de tareas para las mujeres, aún hay mucho por recorrer, con la dificultad de que las feministas burguesas siguen haciendo un intento por anular y ocultar las desigualdades de clase entre mujeres obreras y mujeres burguesas.

La emancipación sólo se logrará mediante un trabajo en la conciencia de las personas, en donde se luche por erradicar las viejas prácticas dominantes, clasistas, patriarcales y conservadoras, y es allí donde las izquierdas deben plantearse una nueva discusión: los y las antiguas marxistas, ya ganaron una conquista, ahora, ¿qué harán las nuevas generaciones de militantes, y cómo aportarán para profundizar en la verdadera emancipación de las mujeres y de la clase obrera?

Bibliografía

- Engels, F. (1976). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (cuarta edición). Moscú: Progreso.
- . (1979). *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Federici, S. (2015). *El patriarcado del salario: “Lo que llaman amor, nosotras lo llamamos trabajo no pagado”*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=198208>
- Goldman, W. (1993). *La mujer, el Estado y la revolución: política familiar y vida social soviéticas 1917 1936*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Kollontai, A. (1978). *Autobiografía de una mujer emancipada*. Fontamara.
- Luxemburgo, R. (1912). *El voto femenino y la lucha de clases*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1912/mayo/12.htm>
- Trotsky, L. (2001). *La revolución traicionada* (segunda edición). Madrid: Fundación Federico Engels.
- . (2008). *Historia de la Revolución rusa*. Izquierda Revolucionaria.
- Zetkin, C. (1920). *Directrices para el movimiento comunista femenino*. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/zetkin/1920/0001.htm>

Fernanda Quirós Moya. Estudiante de Filosofía de la Universidad de Costa Rica.

Correo electrónico: ferqm19@hotmail.com

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018